

UNA RAYA MÁS AL TIGRE...DE LA VACANCIA

Escribe Agustín Haya de la Torre

12-10-2005

La difusión del diálogo entre Fernando Olivera y Genaro Delgado Parker, donde el fugaz Canciller reconoce que Carlos Ferrero, entonces presidente del Consejo de Ministros no había firmado su designación, es la cereza que corona el pastel del caótico gobierno de Alejandro Toledo.

Desde que asumió el mando en julio del 2001, la opinión pública tomó nota de que el cargo le quedaba demasiado grande. Su costosa e inútil vuelta al mundo y el exceso de amigos a sueldo en su entorno, nos dieron la pauta de lo que vendría. Las firmas falsas con las que inscribió a su partido no fueron más que la comprobación de su estilo.

En este caso, los hechos indican que la responsabilidad del presidente es evidente. Como de costumbre, se usaran todo tipo de argucias para salvarlo. El tema ya venía siendo investigado por la comisión de Fiscalización y en ella dos personajes involucrados, los secretarios de la Presidencia del Consejo de Ministros, coinciden en que no tuvieron a la mano la designación firmada por Ferrero, sino una versión "humillada".

El ex presidente del Consejo de Ministros ha declarado que el sí firmó la resolución ante la comisión parlamentaria. Aún si ello fuera así, el desaguisado no se resuelve, por la sencilla razón de que todo el país vio como inmediatamente renunció a su cargo. Al hacerlo, automáticamente cesaron todos los ministros, razón por la cual la juramentación de Olivera no tenía sentido alguno.

Toledo no debió proceder con la investidura de Olivera ni este aceptar cargo alguno, pues en ese momento no existía gabinete. Es casi imposible probar si Ferrero firmó o no firmó, pues es su palabra como actor principal, contra la de los que lo acusan. Sea lo que fuese, todos vimos como renunció en el acto. Esa fue su venganza ante una firma forzada y con ello desbarató al gobierno.

El asunto se agrava porque Olivera se instaló durante 48 horas en la Cancillería. Hasta suscribió varias resoluciones mientras el país entero era testigo del escándalo de la renuncia de Ferrero.

Toledo atropelló todas las normas constitucionales, pues hizo jurar a un ministro de un gabinete inexistente. El nombramiento sencillamente era improcedente. Sabía perfectamente que lo que hacía era una imposición contra la voluntad de la mayoría de los ministros, varios de los cuales se ausentaron a propósito de la irregular ceremonia.

En este caso es obvio que tiene la mayor responsabilidad y debería ser investigado y sancionado. Los hechos en su contra son abrumadores. Por violar la Constitución y las leyes, debería ser vacado sin contemplaciones, aunque ya sabemos que si el país acepta a un falsificador como presidente, cualquier cosa puede pasar.

Pronto veremos como salen en su defensa apoyos poderosos, que son los mismos que lo sostienen desde su elección. Con la excusa de que establecer la responsabilidad del presidente de la República "desestabiliza la democracia", harán de nuevo la vista gorda para que el escándalo se diluya. Con ello no hacen más que contribuir a que esos hechos se repitan y hasta se imiten, pues la impunidad se convierte en la madre de todos los vicios.

Cuando sucedió el escándalo de las firmas falsas, señalamos que el Congreso debía procesar la vacancia, mediante la figura de la incapacidad moral para gobernar. Recordamos entonces que no es cierta la afirmación de la continuidad per se del presidente de la República. Por eso el artículo 113 de la Carta política establece tres formas de vacancia: por destitución del Congreso, por renuncia y por sanción debida a la interrupción de elecciones o disolución ilegal del Congreso.

La democracia no termina porque un presidente sea vacado. Al contrario, ante la gravedad del hecho, establece los canales para solucionar el problema inmediatamente. Lo que sucede es que Toledo tiene el apoyo cerrado de la derecha y el poder económico, que lo respalda porque mantiene el modelo de la Constitución fujimorista.

En esta su última tropelía, su responsabilidad de principio a fin salta a la vista. Ferrero literalmente lo crucificó con su renuncia cuando el presidente consideró caprichosamente que podía imponer el nombramiento de su amigote. Por último, pero no por ello menos importante, el audio Olivera-Delgado vuelve a revelar el papel de lobista de grandes empresas transnacionales del falso ministro.